

za subsistía. Cabral se quejó de que le impidieran cargar sus navíos y se apoderó de un cargamento de pimienta que llegaba de las Molucas. Los moros de la ciudad tomaron las armas, atacaron á los portugueses que habían quedado en tierra y acabaron con ellos. Quedaba declarada la guerra, y Cabral incendió quince buques moros, cañoneó la ciudad y volvió á Europa, después de haber visitado los puertos meridionales de Malabar.

SEGUNDO VIAJE DE VASCO DE GAMA; POLÍTICA DE LOS PORTUGUESES EN LA INDIA.—Era necesario armar una nueva escuadra. Así se hizo, y el rey don Manuel confió su mando á Vasco de Gama. La escuadra partió en dos grupos: el almirante se dió á la vela en Febrero de 1502 con quince barcos tripulados por 800 soldados. Su sobrino Esteban de Gama le siguió en Abril con otros cinco navíos.

Esta expedición, completamente militar, tuvo excepcional importancia. Afirmóse entonces con precisión la política que iban á adoptar los portugueses en sus relaciones con las regiones nuevas. El rey de Portugal se proclamó dueño de los mares de la India y se reservó el monopolio de su comercio. Nadie podía navegar por ellos sin su permiso, sin un salvoconducto dado por sus oficiales. Era forzosa la consecuencia de echar mano á los principales puertos.

Gama aplicó esta política en su segundo viaje con un rigor y una barbarie irritantes. Empezó por bombardear, en la costa oriental de África, á Quíloa (cuyo rey había tenido algunas disputas con Cabral) y le impuso un tributo. Después de otras represalias ejercidas de paso contra los moros, llegó al puerto de Cambaya, en la costa de la India. En las cercanías de esta ciudad encontró un buque cargado de peregrinos musulmanes procedentes de la Meca, lo incendió y mandó matar á la tripulación y á los pasajeros. Presentóse por fin delante de Calicut. El Zamorín trató de parlamentar. Gama cañoneó y arruinó la ciudad. Después, cruzando por delante de ella, se apoderó de una flota cargada de arroz que venía de Coromandel, la saqueó, mandó cortar las manos, las narices y las orejas á los tripulantes, y los envió á

tierra con sus navíos, después de haberles prendido fuego. Correa declara que eran más de 800. Gama había firmado ya con el rajá de Cananor un tratado mediante el cual éste se comprometía á dejar toda relación comercial con el mar Rojo y Balicut y á entregar sus mercancías á precio fijado de antemano. Las mismas condiciones se impusieron después á Cochín y Collam. Los portugueses deshicieron otra vez la flota de Calicut, que había intentado un nuevo ataque, y volvieron á Europa en Febrero de 1503. Á las órdenes de Sodrè quedó una pequeña escuadra en los mares de la India.

Una flota entera habría sido necesaria para vigilar aquellos mares y conservar en ellos la supremacía portuguesa. Sodrè se perdió con la mayor parte de sus buques en las costas de Arabia, y el Zamorín se apresuró á vengar en el rey de Cochín las derrotas sufridas. Llegó en 1504 otra expedición mandada por Alfonso de Albuquerque, y gracias á la intrepidez de Pacheco se sometió el Zamorín. Se construyó un fuerte cerca de Cochín, con pretexto de defender á la ciudad, y aquélla fué la primera instalación de los portugueses en la India.

ALMEIDA, VIRREY; LUCHA CONTRA LOS MOROS.—El peligro no procedía solamente de la India en sí. Aquel monopolio del comercio era un ataque directo á los intereses del soldán de Egipto, de los traficantes árabes, de las repúblicas italianas, principalmente de Venecia, cuyas fuentes de fortuna seca-ba. Era de temer una terrible coalición. Así lo comprendió don Manuel, y preparó una expedición más importante que las anteriores, poniéndola al mando de Francisco de Almeida, hombre de familia noble, que había probado sus dotes de guerrero. Para darle más autoridad, le nombró virrey de la India. Almeida había de conservar su mando, no durante una campaña sola, sino durante tres años. Habría escuadra permanente en los mares de la India para garantizar el tráfico de los portugueses. La escuadra, compuesta de veinte navíos lo menos, partió en Marzo de 1505. Uno de sus jefes era Magallanes. Llevaba 1.500 soldados y numerosos mercaderes, extranjeros algunos de ellos, como genoveses, florentinos y hasta alema-

nes. El rey se reservaba una gran parte de sus ganancias.

Osorio atribuye al primer virrey de la India miras políticas propias suyas y muy notables. Habría querido reducir al minimum las fuerzas militares destinadas á garantizar la seguridad del comercio. Y para ello se habría contentado con andar por el mar, sin establecer en las costas más que las obras de refugio necesarias y almacenes de abastecimiento. Calculaba que nunca podría dar de sí Portugal bastantes hombres para defender un número excesivo de puertos y ciudadelas. Opinaba que debían concentrarse fuerzas en vez de debilitarlas por la dispersión. El historiador portugués ha precisado quizá con exceso la exposición de este programa, tan diferente del que adoptaron más adelante los gobernadores de la India. De todos modos, es muy difícil averiguar si Almeida trató en vano de aplicar tales ideas. Sus tres años de mando fueron tres años de guerra, y vemos que, forzosamente, tuvo que ocupar posiciones en las costas. Construyó fortines en Quíloa, en Mombaza, en

una de las islas Andjedivas cerca de Goa, en Onor y en Cananor. Redujo á mayor dependencia al rajá de Cochín, coronándole en nombre del rey de Portugal. Pero su principal preocupación fué la lucha con los moros. El soldán de Egipto, después de haberse quejado al papa de los ataques de los portugueses, había acudido en auxilio de los príncipes indios, aliándose especialmente con el rey musulmán de Cambaya. Sus navíos, tripulados en parte por europeos, eran mucho más temibles para los portugueses que los navíos ligeros de los rajás. Lorenzo de Almeida, hijo del virrey, fué el primero que luchó con la armada egípcia y fué derrotado y muerto. Su padre lo vengó en la gran ba-

talla de Diu (Febrero de 1509), que decidió la supremacía de los portugueses en la India.

RIVALIDAD DE ALMEIDA Y ALBUQUERQUE.—Cuando se estaba dando esta batalla ya carecía Almeida de derecho á mandar á sus compañeros. Sus tres años de virreinato habían espirado á fines de 1508; su sucesor Albuquerque, designado anticipadamente, estaba en la India, pero Almeida se había negado á transmitirle la autoridad. Esto fué el primer ejemplo de aquellas rivalidades

desastrosas entre los jefes que tanto abundan en la historia de la India portuguesa. Hay que reconocer que el rey de Portugal había hecho el conflicto casi inevitable. Había enviado á Albuquerque á los mares de la India ya en 1506 con una escuadra considerable y, sin ponerlo á las órdenes de Almeida, le había trazado todo un plan de campaña. En realidad había dos jefes, que obraban con independencia uno de otro. Albuquerque tuvo bastante cordura y dominio de sí mismo para no mostrarse intratable en presencia del peligro y aguardó que Almeida se decidiese á volver á Europa. Éste no volvió á



Alfonso de Albuquerque (De un manuscrito del Museo Británico)

ver su patria. Pereció en una acción contra los cafres, cerca del cabo de Buena Esperanza.

EL PLAN DE ALBUQUERQUE; OCUPACIÓN DE SOCOTORA, ORMUZ Y MALACA.—El plan de campaña que llevaba Albuquerque, y que indudablemente sugirió al rey don Manuel, era tan inteligente como atrevido. Para ser verdaderamente dueño de los mares de la India había que defender enérgicamente sus puertas, ocupando la entrada del mar Rojo y la del golfo Pérsico. La escuadra era de catorce navíos. Al pasar descubrió la isla de Madagascar, columbrada antes, y á la cual se dió el nombre de isla de San Lorenzo. En Agosto de 1507 llegaron delante de

Socotora. A pesar del imán de Mascate, Albuquerque se apoderó de ella y construyó una fortaleza. Era la llave del estrecho de Bab-el-Mandeb; una escuadrilla que se apoyara en ella podía cerrar á su voluntad el paso. Después siguió la costa de Arabia, imponiendo la soberanía del rey de Portugal á los puertos de la costa y derruyendo á Mascate, que era el más importante de ellos. Finalmente llegó delante de Ormuz. Cuando una mañana vieron los portugueses aparecer en medio de las brumas la magnífica y poderosa ciudad llamada la Perla de Oriente, el temor les sobrecogió. Avisada de su llegada, se había apercebido á la defensa. Tenía buena artillería y numerosas tropas. Albuquerque había tenido que dejar parte de su escuadra en Socotora, y no llevaba consigo más que seis navíos. ¿Cómo vencer posición tan sólida con muy pocos recursos? Atacó, no obstante, y después de encarnizado combate se apoderó de la escuadra enemiga, y bombardeando la ciudad la obligó á capitular. El regente tuvo que declararse vasallo del rey de Portugal, comprometerse á pagar un tributo y dejar á los portugueses construir un fuerte que les garantizara la posesión del estrecho. Pero los oficiales murmuraban. ¿Habían ido á la India para exponerse á los peligros de aquellas hazañas sin ganancias? ¿Iban á estar combatiendo siempre? ¿No era hora ya de enriquecerse con presas fructuosas? Muchos abandonaron á su jefe para ir á la India, y algunos se pasaron á los moros. Albuquerque tuvo que evacuar á Ormuz.

De regreso en Socotora para abastecerse, tuvo que socorrer á las tropas que había dejado allí. En 1508, afortunadamente, llegó Abreu con refuerzos. Albuquerque se presentó otra vez delante de Ormuz, adonde oficiales desertores habían llevado cartas de Almeida desautorizando anticipadamente cualquier tentativa contra la ciudad. Entonces abandonó su empeño y volvió al Malabar, esperando conseguir pronto el mando general de las fuerzas portuguesas. Ya hemos dicho en qué circunstancias tuvo que aguardarlo. No gozó la autoridad de virrey hasta el mes de Diciembre de 1509.

Empezaba el gran reinado, el que real-

mente había de dar á los portugueses su imperio colonial. Albuquerque no tenía, efectivamente, las aprensiones de Almeida. No temió extender en lontananza sus conquistas. Era de aquellos que se entregan á la fortuna, contando con que había de favorecer sus empresas hasta el fin. Empezó, no obstante, con un semifracaso delante de Calicut, aunque no fué responsable de él, pues Coutinho atacó contra su opinión. Albuquerque vengó la muerte de su teniente y se apoderó de Goa (Febrero de 1510), capital de un reino musulmán, gran mercado de la costa, que ocupaba en su isla una posición fácil de defender. Los portugueses la hicieron centro de sus posesiones asiáticas.

Al año siguiente era dueño de Malaca. En cuanto llegaron á la India, los portugueses tuvieron noticias de las Molucas, país de origen de las especias. Sabían que Malaca era escala obligada del viaje y que los monzones llevaban rápidamente á los barcos hacia ella. Almeida había mandado al oficial Siqueira para que se pusiera en relaciones con Malaca. Éste, bien recibido al principio, había confiado en los malayos, y tuvo luego que dejar en sus manos á unos treinta compañeros suyos en calidad de prisioneros. Ya tenía Albuquerque un pretexto. Se dió á la vela con 19 navíos tripulados por 1.400 hombres, 800 de ellos portugueses. La ciudad fué tomada, y se construyó una fortaleza bastante sólida para resistir á cualquier ataque de los malayos. Después de esta osada expedición á Oriente, volvió Albuquerque al Malabar. Los rajás se habían sublevado en su ausencia. Tuvo que libertar á Goa y restablecer el orden; Calicut se vió obligada á reconocerse vasalla del rey de Portugal. Luego Albuquerque se volvió de nuevo al mar Rojo, y enterado de la existencia de Aden, mejor colocada que Socotora para cerrar la entrada del estrecho, trató de tomarla, sin resultado. También había querido derruir los puertos de Egipto, pero vientos contrarios no se lo permitieron. Tuvo que limitarse á reforzar á Socotora. ¿Se le ocurrió realmente la idea de abrir un canal para desviar el Nilo hacia el mar Rojo y convertir á Egipto en un desierto? Tal empresa parece más bien del dominio de la leyenda.

Volvió otra vez contra Ormuz, que por fin sucumbió sin resistencia (Marzo de 1515).

MUERTE DE ALBUQUERQUE.—Aquella fué la última hazaña de Albuquerque, cuya muerte fué triste. Los reyes de España y Portugal, aunque colmaron muchas veces de honores á quienes les conquistaban imperios, desconfiaron siempre de ellos. Lejos del teatro de los acontecimientos, no podían juzgarlos como es debido, y atendían demasiado á los informes desinteresados de los descontentos. Vasco de Gama estaba entonces en semidesgracia. Pacheco, después de haber sido encarcelado, murió en el hospital. ¿Tuvo motivos Albuquerque para quejarse también de la ingratitud del rey don Manuel? Parece que hubo una mala inteligencia entre el príncipe y su representante en la India, y que al llamarle el rey á Europa quería principalmente conferenciar con él y darle algún descanso. Una carta del rey, escrita en Marzo de 1516, permite suponerlo así, pero aunque atenuada en la forma, la desgracia no era menos real. Albuquerque no conoció esta carta. Había muerto en Diciembre de 1515, después del nombramiento de su sucesor y de una orden formal de regreso. Le habían dado calenturas durante su estancia en Ormuz, que le habían abatido mucho. Viéndose perdido, se mandó llevar á Goa, donde expiró, en el centro del gran imperio que había fundado definitivamente.

PORTUGAL EN 1515; VESPUCCIO Y LOS CORTEREAL.—En el año 1515 la situación de Portugal era maravillosa. Aquel reino tan pequeño era el primero de los Estados marítimos. Cuando los españoles no ocupaban más que el mar de las Antillas, había llevado sus conquistas hasta los últimos límites de los países legendarios de Oriente. También había tomado parte del Nuevo Mundo. Después del descubrimiento de la tierra de Santa Cruz por Cabral, se dirigieron expediciones á aquella costa. Américo Vespucio, que tomó parte en ellas, nos ha conservado su recuerdo. Llegaron hasta Cananea, más allá del trópico. Por último, como no querían dejar inexplorado ningún mar, los reyes de Portugal mandaron también navíos que buscaran paso para la India por el Noroeste, y los Cortereal, en 1500, tocaron en Terrano-

va y en la punta meridional de Groenlandia. Los buques cargados de especias llegaban con regularidad á Lisboa. Empezó la decadencia de Venecia, herida en las mismas fuentes de su riqueza.

LA EMBAJADA AL PAPA.—Entonces, para afirmar ante la Europa cristiana la realidad y la inmensidad de sus conquistas, el rey Manuel envió al papa una magnífica embajada en Marzo de 1514. Desfilaron con la comitiva todos los esplendores de la India. Rompian la marcha 300 mulos cargados de alfombras y ricas telas; seguíanlos los embajadores á caballo, cubiertos de perlas y pedrerías; sus estribos eran de oro macizo. Detrás iban un caballo de Ormuz y una pantera de Persia enseñada á cazar, y un elefante de Goa, que se arrodilló tres veces delante del Padre Santo. Resonaron trompetas y timbales; tronaron los cañones del castillo de Sant-Angelo. La muchedumbre era tan grande, que apenas podía pasar la comitiva. Aquel triunfo á la romana dejó honda impresión en los espíritus.

III.—El imperio colonial de los portugueses

LAS INDIAS DESPUÉS DE ALBUQUERQUE; NUÑO DA CUNHA; JUAN DE CASTRO; ATAIDE.—Los sucesores de Albuquerque no tuvieron que hacer más que proseguir y defender su obra. No podemos enumerarlos todos, ni resumir su historia, bastante monótona. Los mismos hechos se repetían sin cesar: rebeliones comprimidas; príncipes indígenas sometidos á más rigurosa dependencia; construcción de fortalezas y también rivalidades de los jefes; barbarie y crueldad de su conducta con las poblaciones sometidas; codicia y rapacidad de los europeos, que no veían en sus cargos más que medios de enriquecerse. Nos bastará citar los nombres más grandes. Vasco de Gama fué nombrado por Juan III tercer virrey, por su prestigio y firmeza para reparar los desórdenes; murió en cuanto llegó á las Indias (Septiembre-Diciembre 1524). Nuño da Cunha (1529-1538) conquistó y conservó la importante ciudad de Diu, á pesar de los esfuerzos de los turcos, y así arruinó el poderío de Bahadur, soberano musulmán de Guzarate. Juan de

Castro (1545-1548) acudió en auxilio del intrépido Mascarenhas, y salvó á Diu del más formidable ataque, y con Diu á toda la India portuguesa. Fué tan honrado como valiente, y este elogio no lo merecen todos. Ataíde (1568-1571) logró triunfar de una coalición general de príncipes sometidos, sin perder nada de las conquistas de sus antepasados. Éste fué el último de los grandes virreyes de la India. En aquella época Sebastián había sucedido á Juan III y se preparaba España á sojuzgar á Portugal. Cuando en 1583 fué dueño Felipe II de toda la península ibérica, aunque dejó en las colonias de Portugal gobernadores portugueses, fué como si las abandonara á sí mismas. Cuando la política del rey de España cerró el puerto de Lisboa á los buques holandeses que iban á buscar las especias para distribuirlas en los puertos de Europa, los holandeses, como era natural, fueron á buscar á la India los productos que Lisboa les negaba. Entonces empezó la conquista holandesa de los establecimientos portugueses, harto débiles para defenderse. Pero su decadencia era visible hacía tiempo.

Todo el interés de este período de la historia colonial de Portugal, que abarca desde 1515 á 1583, está en el estadio del desarrollo del imperio de las Indias, de su organización y de las causas que pueden explicar su duración efímera.

¿CONOCIERON LOS PORTUGUESES EN EL SIGLO XVI EL INTERIOR DE ÁFRICA?—Al morir Albuquerque no se había llegado á los límites del imperio colonial portugués, ni mucho menos. Tenían que ensancharse, con gran beneficio de los conocimientos geográficos. Conviene, sin embargo, hacer constar que si llegaron casi á los límites del mundo antiguo, los portugueses no penetraron, digámoslo así, en el interior de los continentes. Su imperio siguió siendo marítimo.

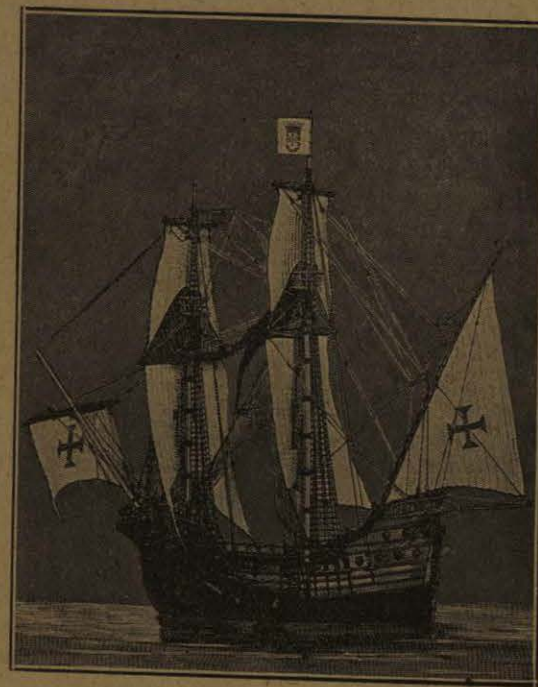
Cuando se miran los mapas de África trazados en los siglos XVI y XVII, asombra verlos tan llenos. Agrúpanse ciudades y ríos, lagos y montañas en todos los espacios vacíos que encontrábamos hace treinta años en nuestros mapas de África. La riqueza de estos dibujos pudo hacer creer que ya entonces se había explorado todo el continente. No hay tal cosa, y ahora se sabe el origen

de toda aquella nomenclatura convencional que Delisle y D'Anville, geógrafos franceses del siglo XVIII, tuvieron que borrar porque no le encontraban ninguna base científica. Cuando apenas había empezado la circunnavegación de África, Fra Mauro, al dibujar en 1459 en Venecia su gran mapamundi, utilizó para los países del Nilo y Abisinia noticias que le habían dado monjes abisinios enviados como embajadores al papa. Combinadas con otros datos tomados de los árabes y de Ptolomeo, estas nociones le habían bastado para rellenar un África que no se extendía más que hasta el Ecuador. Á medida que el continente se fué alargando hacia el Sur por el progreso de los descubrimientos, todo aquel dibujo bajó con él y ocupó toda su extensión, más ó menos modificado por la fantasía de los cartógrafos. Hasta el siglo XVII, cuando fundaron factorías en el interior, como las de Teté y Zumbo, en el Zambeze, no trazaron los portugueses croquis de esta región, que le sirvieron á D'Anville. No es esto decir que no tuvieran absolutamente nada en el interior del país. Barros conocía las minas de oro situadas á cincuenta leguas al Oeste de Sofala, en el país de Manica. Menciona hasta esas curiosas construcciones cuyas ruinas visitó en 1857 el explorador Mauch, y sobre cuyo origen se discute todavía. Aquellos eran datos tomados en las factorías de la costa. Pero la única porción de África de la cual tenían entonces noticia exacta los portugueses, era Abisinia. En 1520 entraron en ella dos embajadores por la costa oriental. Bien recibidos por el Negus, se llevaron consigo un cura abisinio, que fué á Portugal y á Roma. Álvarez, que era uno de los enviados, escribió el relato de su viaje, que se publicó en 1540. Por él averiguó al fin la verdad Europa acerca del misterioso «Preste Juan». Le pareció á Álvarez, «dentro de su color», un perfecto caballero.

EXPLORACIÓN DEL MAR ROJO Y EL GOLFO PÉRSICO.—Precisáronse los descubrimientos en el mar de las Indias. En 1541 Esteban de Gama había avanzado muchísimo por el mar Rojo, y aunque no había logrado apoderarse de Suez, Juan de Castro, que le acompañaba, pudo estudiar la hidrografía de aquel

mar y publicar un *Itinerario*. Hasta entonces no se adquirió la seguridad de que el tal mar no era de color rojo, como muchos creían. En 1529 ó 1530 Souza Tavares llegó á Basora, en el extremo del golfo Pérsico.

LOS PORTUGUESES EN LAS MOLUCAS, EN CHINA, EN EL JAPÓN Y EN AUSTRALIA.—Los portugueses hicieron sus descubrimientos más notables más allá del mar de las Indias. Apenas Albuquerque se había apoderado de Malaca, en 1511, cuando mandó inmediatamente á Francisco Serrao y á Antonio Abreu con tres navíos á explorar las Molucas. Abreu tocó en Java y Madura, y después en Amboine y Banda, de donde se sacaba la nuez moscada. Serrao, separado de su compañero por una tormenta, acabó, después de varias aventuras, por llegar á las Molucas, donde permaneció varios años. Desde entonces los portugueses frecuentaron aquellos parajes asiduamente, y si bien los guiaba casi exclusi-



La nao *San Gabriel*, en que hizo su viaje Vasco de Gama

vamente el interés comercial, aunque parece que no quisieron apartarse del camino de las especias, los azares de la navegación los llevaban con frecuencia á tierras nuevas. En 1526 Jorge de Menezes fué llevado á Nueva Guinea. Habían dado la vuelta á Sumatra, habían reconocido á Borneo, habían visitado todas las costas septentrionales de las islas de la Sonda. Quizá llegaran hasta Australia, cuya costa han creído algunos reconocer en cierto número de mapas marinos de aquella época, aunque no haya historiador alguno que haga mención de tales viajes. En dibujo desapareció más adelante, porque los portugueses, según dicen, no habían seguido frecuentando costas en las cua-

les no se podía traficar. En tal caso, los holandeses no habían hecho más que volverlas á encontrar al siglo siguiente. Pero la aparición en los mapas de una tierra cuyos límites al Sur eran desconocidos contribuyó á perpetuar en el espíritu de los geógrafos la creencia obstinada en la existencia de un gran continente austral, á manera de contrapeso á las vastas extensiones terrestres del hemisferio boreal. Este continente fué bajando hacia el Sur, según se conocieron mejor los mares australes, y desapareció definitivamente de los mapas á fines del siglo XVIII, cuando el capitán Cook demostró con sus exploraciones metódicas que no había tierras grandes en aquellas regiones.

Por último, penetraron los portugueses más al Norte, en los mares de la China y del Japón. En 1517 Pérez de Andrade tocó en las islas de Pulo-Condor; en 1518 estaba delante de Cantón. En 1520 y 1521 fueron embajadores á

Nankín y á Pekín, pero los portugueses no tuvieron instalación fija en China hasta el año 1557, en Macao, y su comercio no pasó de las costas meridionales del país. Méndez Pinto fué el primero que llegó al Japón, al antiguo Cipangu de los mapas de la Edad Media, en 1542, aunque no sabemos bien en qué condiciones. El misterioso archipiélago fué mejor conocido cuando San Francisco Javier fué, en 1549, á evangelizar á los japoneses.

SISTEMA COLONIAL DE LOS PORTUGUESES.—El nombre de imperio colonial que á falta de otro suele darse á los establecimientos portugueses de la India no expresa bien lo que en realidad fueron éstos. El objeto que

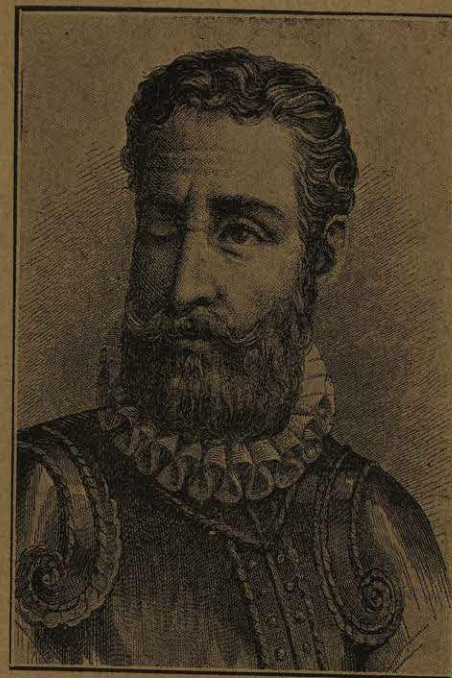
se persiguió siempre fué el monopolio del comercio de las especias, y los portugueses se resolvieron á conquistar posesiones en las costas únicamente para garantizar tal monopolio. Se ha censurado muchas veces su sistema; se le ha comparado con el de los árabes, que antes que ellos traficaban libremente por los puertos de la India sin pensar en apoderarse de ellos. ¿Son fundadas estas críticas y están de acuerdo con las necesidades históricas? Los árabes tenían de hecho en la India el monopolio del comercio, porque eran los únicos que á él se dedicaban. El día que se presentaron los portugueses se declaró la rivalidad, es decir, la guerra, tanto más inevitable cuanto que el odio religioso se juntaba con la competencia comercial. El reparto con los moros era imposible para portugueses del siglo XVI. Y no bastaba con echarlos de los mares de la India: era necesario que no volvieran á entrar. El derecho, para hombres del siglo XVI, era, por parte de los reyes de Portugal, el derecho de conquista contra los infieles. Aquellos países que descubrían sus súbditos les pertenecían, como América á los españoles. Las bulas de los papas que se los entregaban no distinguían entre las costas desiertas del Sahara y las pobladísimas llanuras del Indostán. El mar también era suyo. La lógica de los hechos mandaba á Albuquerque cerrar las puertas del mar de las Indias y sujetar sólidamente las costas del Malabar, centro del comercio de las especias. Es de notar, por otra parte, que aquellos establecimientos necesarios fueron reducidos casi al mínimo. Si se prescindía de Madera, las Azores y las islas de Cabo Verde, verdadera prolongación de la madre patria, que fueron colonizadas inmediatamente y constituyeron á manera de provincias, los portugueses no tenían en la costa de África más que factorías y escalas. Ninguna potencia poseedora de intereses importantes en Oriente pudo pasarse nunca sin esos puntos de parada. En los mares de las Indias tenían las mejores posiciones, como Socotora, Aden, Ormuz y Malaca. En las Molucas, en los mares de la China, donde la competencia árabe no era de temer, no tenían en realidad más que factorías donde se traficaba libremente. Sus

únicos establecimientos importantes estaban en el Malabar, y aun en ellos dejaban reinar á la mayor parte de los príncipes indígenas, sometiéndolos á un tributo y quitándoles la libertad de comercio; es decir, defendiendo su monopolio. Lo cierto es que ese sistema colonial, conforme con las ideas y las preocupaciones de aquel tiempo, tenía el inconveniente de exigir gastos muy gravosos para conservar los buques, las fortalezas y las tropas. Y en eso residía el peligro. Se ha dicho que Portugal era un país demasiado pequeño para tener posesiones tan vastas. Sin embargo, Holanda se ha encontrado en condiciones análogas y ha salido airoso de su empeño. Quizás, á pesar de las cargas que se le imponían, hubieran progresado las colonias de Portugal, por lo menos hasta la época de la conquista española, si se les hubiese aplicado un sistema inteligente de comercio, imponiéndoles una administración de escrupulosa probidad. Por esa causa decayeron.

LA ADMINISTRACIÓN DE LA INDIA.—El dominio colonial de los portugueses en Oriente se dividía en siete provincias: la costa de África desde el cabo de Buena Esperanza hasta el mar Rojo; la costa de Arabia; las del golfo Pérsico, más allá hasta el Indo; la India propiamente dicha hasta el cabo Comorín; la costa de Coromandel y de Orisa hasta el Ganges; la de la Indo-China hasta Malaca; todos los establecimientos de más allá hasta la China. Ceilán y Timor formaban parte de esta última subdivisión. La administración era muy sencilla: un gobernador, llamado á veces virrey, residía en Goa, y dirigía todos los servicios. En los diferentes puestos mandaban oficiales que estaban á sus órdenes. Salvando la autoridad del rey, era dueño absoluto, y no podía ser llevado ante la justicia. Al salir para desempeñar su cargo, juraba observar las leyes, los *regimientos*. Eran bastantes estas precauciones para hombres íntegros, y los hubo, especialmente entre los primeros gobernadores. Pero hay que reconocer que no abundaron mucho. No tardó la inmoralidad en dominar á todos los oficiales portugueses, desde el más grande hasta el más pequeño. No pensaban más que en enriquecerse, y como

la administración colonial se renovaba cada tres años, había que darse prisa. La facultad que tenían todos de comerciar por su cuenta facilitaba las malversaciones. Compraban cosas á los indígenas sin pagarlas, y revendían á la corona á precio exorbitante aquellas mercancías robadas. El gobernador, cuando volvía á Europa, estaba obligado á rendir cuentas, pero aguardaba casi hasta la víspera de su partida para citar, como exigía la ley, á cuantos tuvieran que hacer alguna reclamación.

¿Pero quién se hubiera atrevido á quejarse públicamente? Cuando el rey disponía que se practicasen informaciones, prometiendo el secreto á los declarantes, el tal secreto se había divulgado antes de salir los documentos para Europa. Los europeos, interesados todos en el negocio, se entendían entre sí. En semejantes condiciones, las rentas de la India se derretían en manos de los jefes. Los primeros virreyes habían atendido á pesados gastos de guerra con los tributos pagados por los rajás. Estos



Camoens

tributos no dejaban de crecer, y la India no podía ya sostenerse á sí misma. Semejantes exacciones no podían ganar á los vencedores la voluntad de los indígenas, ni garantizarles la tranquilidad, ni conservar la prosperidad del país. Con los malos tratos llegaron á sumarse las persecuciones religiosas. Los cronistas colocan en primera línea el proselitismo religioso entre los motivos que impulsaron á los portugueses á hacer descubrimientos. En realidad, no influyó gran cosa en los conquistadores portugueses, y no hemos podido citar ni un ejemplo de ello hasta ahora. Los primeros que fueron á las Indias encontraron un pueblo que tenía una religión establecida y respetaron sus creencias. Reinando don Juan III, que introdujo en Por-

tugal la Inquisición y los jesuitas, fué cuando se empezó á dar la orden de conquistar las almas. Entonces derribó Alfonso de Souza todas las pagodas del Malabar. Miguel Vaz, primer vicario general de las Indias, expulsó de Goa á todos los brahmanes. En 1560 se estableció la Inquisición en la capital de la India portuguesa, y hasta los virreyes tuvieron amos. La consecuencia natural de las persecuciones religiosas fué exasperar á las poblaciones indígenas y acrecentar no poco las dificultades con que luchaban los gobernadores. San Francisco Javier llevaba á cabo una obra menos impolítica catequizando chinos y japoneses y preparando las gloriosas y sabias misiones de China.

PRÁCTICAS COMERCIALES; EL MONOPOLIO.—La misma manera de hacer el comercio era un obstáculo para que prosperase. No se podía traficar en las Indias sin permiso del rey, que se reservaba el monopolio de ciertos productos. Buques pesadamente cargados salían con regu-

laridad para aprovechar los monzones. Su llegada llenaba de animación toda la costa, pero su salida restablecía la calma. Se desviaba el tráfico de los «mil canalillos que son los únicos que aumentan el consumo con justa medida y con abundancia» (1). Añadiremos que, no ocupándose en distribuir por Europa los productos llevados á los depósitos de Lisboa, los portugueses se privaban de una ganancia importante. Dejaron hacer á los holandeses ese papel de mediadores, les enseñaron el camino de Lisboa, lo cual equivalía á invitarles á buscar el de la India.

ESTADO DE LISBOA Y PORTUGAL EN EL SI-

(1) Pablo Leroy-Beaulieu, *De la colonización en los pueblos modernos*.

GLO XVI.—Lisboa era una de las ciudades más célebres y brillantes de Europa. Agrupábase dentro de sus muros una población de cien mil almas, sin hablar de la de las afueras. Afluían á Lisboa los extranjeros. Las industrias de lujo se habían desarrollado al mismo tiempo que el comercio. Contábanse hasta 430 orífices. Los mismos embajadores venecianos, que criticaban la hermosura de los monumentos y la limpieza de la ciudad, se asombraban de la riqueza interior de las habitaciones. Sucediáanse los bailes, las fiestas y las representaciones teatrales. El gusto se había depurado con el lenguaje. Cantaban los poetas las proezas llevadas á cabo en la India. Camoens publicaba en 1572 su gran epopeya *Os Lusíadas*. Pero el viajero que se dirigía hacia el campo presenciaba un espec-

táculo muy diferente. «Hay ahora—dice el contemporáneo Vasconcelos—más tierras sin cultivar que antes. Los labradores abandonan los campos, arrastrados unos por la codicia, otros por las necesidades de la guerra. Las Indias no nos han dado tierras que sembrar, ni praderas para que pasten nuestras vacas.» Por todo el país se había extendido una verdadera lepra: la de la esclavitud. Damián de Goes afirmaba en 1541 que todos los años llevaban del Sudán á Portugal 12.000 esclavos. En Lisboa había más de 10.000 y abundaban en todas las ciudades. El contraste entre el esplendor aparente y la miseria real de Portugal en aquella época era la imagen de lo que le habían producido sus grandes descubrimientos del siglo XVI: mucha gloria y poco provecho.

BIBLIOGRAFÍA

DOCUMENTOS.—La Academia de Ciencias de Lisboa comenzó, en 1858, la publicación de documentos relativos á la historia de las conquistas portuguesas: *Collecção de monumentos ineditos para a historia das conquistas dos Portuguezes, em Africa, Asia e America*. El tomo XI apareció en 1893. Los cuatro primeros están consagrados á la crónica de CASPAR CORREIA, *Lendas da India*.—Se hallarán también documentos muy útiles en las siguientes publicaciones de la misma Academia: *Memorias de litteratura portugueza...*, 1792-1812, 8 vol.; *Collecção de noticias para a historia e geographia das nações ultramarinas que vivem nos domínios portuguezes...*, 1812-1841; *Collecção dos principaes auctores da historia portugueza...*, 1806-1809, en 12.º; *Collecção de livros ineditos de historia portugueza*.—LUCIANO CORDEIRO publicó en 1885 una serie de crónicas bajo el título de: *Memorias de Ultramar. Viagens, explorações e conquistas dos Port. Collecção de documentos*.—En resumen, la colección HAKLUYT contiene gran número de volúmenes relativos á la historia de los descubrimientos y conquistas portuguesas; véanse sobre todo los tomos XXIII, XXXII, XXXV, XLII, XLVI, LIII, LV, LX, LXI, LXII, LXIV y LXIX.

Entre los relatos de viajes y crónicas, citaremos principalmente á LEÓN EL AFRICANO, *De totius Africa descriptione, libri IX*, traducción latina del árabe, Amberes, 1556; publicada al mismo tiempo en francés: *Historiale description de l'Afrique*, Amberes, 1556; reimpressa en 1830.—J. DE BETHENCOURT, *Histoire de la conquête des Canaries*, Paris, 1630; reproducida en CHARTON, *Voyageurs anciens et modernes*, t. III,

1872.—GOMEZ EANNIZ DE ZURARA ó AZURARA, *Chronica do descobrimento e conquista de Guiné...* Paris, 1841.—DIOGO GOMEZ, *De prima inventione Guinece*, publicada por SCHMELLER, *Abhandl. Bayr. Akad. Wissensch. philos. Kl.*, t. IV, 1847.—CA DA MOSTO, publicada por vez primera en la colección: *Navigazioni et Viaggi* de RAMUSIO, y después frecuentemente.—JOAO DE BARROS, *Da Asia*; la mejor edición es la de Lisboa, 1778-1788, 24 vol.—*Roteiro da viagem que em descobrimento da India pelo cerbo da Boa Esperanza fez D. Vasco da Gama em 1497*, publicado por DIOGO KOPKE y ANTONIO DE COSTA PAIVA, Oporto, 1838; traducido en CHARTON, *Voyag. anc. et mod.*—PH. BERJEAU, *Le second voyage de Vasco de Gama*, texto y traducción de un relato del segundo viaje de Gama, escrito en flamenco por uno de los marinos que formaban parte de la expedición, 1881; la traducción ha sido reproducida por el *Bull. Soc. géog. d'Anvers*, t. XVI.—LOPEZ DE CASTANHEDA, *Historia do descobrimento y conquista da India per los portuguezes*, Coimbra, 1552-61; traducción en francés bajo el título: *Le premier livre de l'histoire de l'Inde trad. du port. en franç par NICOLAS DE GROUNDY*, Paris, 1553.—DIEGO DE COUTO, *Observações sobre as principaes causas de decadencia dos Portuguezes na Asia, escritas par D. Couto en forma de dialogo, com o titulo do Soldado pratico*, editadas por ANT. CAETANO DO AMARAL, Lisboa, 1790.—GARCIA DE RESENDE, *Tratado dos vizo-reys da India*.—AGOST. MAN. DE VASCONCELLOS, *Vida y acciones del rey D. Juan el segundo*, Madrid, 1639; traducción francesa por DE W..., Paris, 1641.—OSORIUS, *De rebus Emanuelis regis Lusitaniae*,

Lisboa, 1591; traducción en francés por SIMON GOULART, *Histoire du Portugal*, Paris, 1581. Estas últimas crónicas, á pesar de haber sido redactadas más ó menos posteriormente á los hechos, poseen casi el valor de documentos originales.

LIBROS.—Para las historias generales de Portugal, consúltese: H. SCHÖFFER, *Geschichte von Portugal* (colección Heeren y Ukert), 5 vol., 1836-1854; traducida incompleta al francés por SOULANGE BODIN, 2 vols., 1840.—VIVIEN DE SAINT-MARTIN, *Histoire de la géographie et des découvertes géographiques...*, Paris, 1873, con atlas.—O. PESCHEL, *Geschichte der Erdkunde bis auf Alexander von Humboldt and Carl Ritter*, 2.ª edic., corregida por RUGE. Munich, 1877.—O. PESCHEL, *Geschichte des Zeitalters der Entdeckungen*, Stuttgart, 1877.—RUGE, *Geschichte des Zeitalters der Entdeckungen* (colección Oncken), Berlin, 1881.—FARIA Y SOUZA, *Asia Portuguesa*, Lisboa, 1666-67.—CORDEIRO (ANT.), *Historia insular da ilhas a Portugal sugeytas no oceano occidental*, Lisboa, 1717.—ARGENSOLA, *Conquista de las islas Molucas*, Madrid, 1609; traducción francesa: *Histoire de la Conquête des Moluques par les Espagnols*, Amsterdam, 1706.—DE SANTAREM, *Recherches sur la priorité de la découverte des pays situés sur la côte occidentale d'Afrique au delà du cap Bojador*, Paris, 1862, con un atlas, en folio.—D'AVEZAC, *Note sur la première expédition de Bethencourt aux Canaries et sur le degré d'habilité nautique des Portugais à cette époque* (*Bull. Soc. géog.*), Paris, 1845.—D'AVEZAC, *Notice des découvertes faites au moyen âge dans l'Océan Atlantique antérieurement aux grandes explorations portugaises du XV^e siècle*, Paris, 1845.—FR. KUNSTMANN, *Afrika vor den Entdeckungen der Portugiesen*, Munich, 1853.

—CANDIDO LUSITANO (Freire), *Vida do Infante D. Henrique*, Lisboa, 1758; traducida por el abate DE COURNAND, *Vie de l'infant Dom Henri de Portugal...*, Paris, 1781.—R. H. MAJOR, *The Life of Prince Henry of Portugal*, Londres, 1868; edición abreviada: *The discoveries of Prince Henry the Navigator and their result...*, Londres, 1877.—H. HARRISSE, *Les Corte-Real et leurs voyages au Nouveau-Monde*, Paris, 1883.—DE VARNHAGEN, *Historia general do Brazil*.—D'AVEZAC, *Considérations géographiques sur l'histoire du Brésil* (*Bull. Soc. géog.*), Paris, 1857.—GHILLANY, *Geschichte des Seefahrers Ritter Martin Behaim*.—DE MURR, *Histoire diplomatique du chevalier portugais Martin Behaim*, Paris, 1802.—GARCAO STOCKLER, *Ensaio historico sobre a origem e progressos das mathematicas em Portugal*.—E. GELCICH, *Die Instrumente und die wissenschaftl. Hilfsmittel der Nautik zur Zeit der grosser Lander-Entdeck.*, en *Hamburgische Festschrift zur Erinnerung an die Entdeckung Amerikas*, Hamburgo, 1892.—FR. ZARNCKE, *Untersuchungen über den Priester Johannes*, en los *Abhandl. ph. hist. Klasse K. Sächs. Akad. Wissensch.*, t. VII.—DR. HAMY, *L'œuvre géographique des Reinel et la découverte des Moluques*, en el *Bull. géog. hist. et descript.*, 1891.—WALTERS, *Le Zambéze, son histoire...*, en el *Bull. Soc. Belge géog.*, 1878-79; *L'Afrique centrale en 1522*, *ibid.*, 1879; *Le Congo et les Portugais*, *ibid.*, 1883.—LUCIANO CORDEIRO, *L'hydrographie africaine au XVI^e siècle, d'après les premiers explorateurs portugais*, Lisboa, 1878.—P. BRUCKER, *L'Afrique Centrale des cartes du XVI^e siècle, Etudes morales et religieuses*, t. V, 1880.—GAYLORD BOURNE, *The demarcation line of Alexander VI*, en *Yale Review*, 1892.—DELMAR MORGAN, *Remarks on the Early Discovery of Australia*, Londres, 1891.

